

un régimen cuya policía, aristocrática, jamás haya condescendido a almorzar con menos de cuatro tenedores, y cuyo olfato pueda abarcar a «*Les Temps Modernes*, cuyo pabellón seductor esconde un contrabando malintencionado». Sospechamos que aquí señala, parabólicamente, al marxismo, al trotskysmo, al maoísmo, al castrismo, al existencialismo o a alguna de esas horrendas ideologías que, desdichadamente, omitió compartir Roger Caillois: «... por cierto, él [Caillois] no se mezcló con la vida popular, cuyo conocimiento es necesario para la comprensión de la masa» —concede Milleret, suavemente entomólogo; e imaginamos que se refiere a *la canalla*, ya que poco después, cronológico y zalamero, exulta a Borges: «... usted ya tenía tres siglos de argentinidad —tantos como el país— cuando algunos muertos-de-hambre vascos, bearneses o italianos vinieron a establecerse aquí». Todo se ordena, todo pertenece a una oculta armonía: quizá si no se hubieran establecido en la Argentina tantos muertos-de-hambre no hubieran sino necesarios los *caudillos*, y si no hubiesen brotado caudillos argentinos, nuestro redactor no habría tenido que escribir sobre ellos estas precisiones: «... especie de tirano más o menos sanguinario cuando es jefe de grupo, de una provincia o de un Estado, pero que se encuentra en un plano inferior en los comités políticos y deportivos, en las administraciones a cualquier nivel y hasta en las taquillas de las estaciones»; lo que no acertamos a imaginar es qué demonios tendrían que hacer en las taquillas de las estaciones gentes tan sanguinarias e inferiores como Artigas, Juan Facundo Quiroga, el Chacho Peñaloza, Felipe Varela y otros precarios deportistas; y por qué demonios tenían que pelear —y morir— por gentes (los argentinos en general) de una «sentimentalidad estúpida», aunque alguno de ellos, más concretamente Julio Cortázar, sea un «Escritor que dejará nombre y obra», profetiza monsieur. Borges ha dicho que, elogiándolo, se puede denigrar a cualquiera. Así, no sabemos si esas palabras lapidarias sobre Cortázar eran o no un elogio. Tampoco si lo son estas otras sobre doña Leonor Acevedo, la madre de Borges: «Lucha con constancia para preservar a su hijo de las mujeres que tratan de subyugarlo [Jorge Luis Borges nació en 1899]. Tiene una visión del mundo que se reduce a un curioso maniqueísmo político: el Bien está representado por el *Yankee*; el Mal, por el Comunismo», y añade: «pero es una mujer culta, muy clarividente acerca de las cosas...».

Entiendo que comparar la clarividencia de doña Leonor Acevedo con la clarividencia de la CIA revela mala educación.

Juro por mi honor que en el ejemplar de este volumen de Milleret que estoy manejando han quedado todavía suficientes acotaciones como para corroborar cuán afrentosa resulta la incapacidad de ser

inteligente cuando se acomete la redacción de un libro, hasta qué punto es tortuosa la mediocridad y cómo la presunción nunca se exige fundamento. Pero ya no voy a citarle de nuevo; puedo llegar a ser malvado, pero no delator. Sólo voy a agregar que consideraré a Borges un tremendo titán si consigue que sobrevivan su fama y su orgullo tras la calamidad de este libro, tan lleno de horrendos elogios, agresiones precipitadamente ilusorias, geniales falsedades e infelices alternerías, y compuesto con un método sumamente concéntrico, es decir, con una enigmática vanidad que, más que enojarnos, nos deja estupefactos. Pero podemos liberarnos de esa extrañeza si retorremos un verso de Machado: «... envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora», dijo nuestro maestro; Milleret, arrebuñado, y quizá acuartelado, en un arrendado esplendor (pues, desde luego, la cultura francesa no tiene nada de harapienta), posiblemente ignora todo cuanto desprecia: todo. Sugiere Borges que un rostro es todos los rostros, que un poema es la poesía, que en un recuerdo late la memoria total del mundo, que una mano ha empuñado todos los cuchillos y que la piel de un tigre es el mapa del universo. Sugiere también que las mediciones del tiempo son una afrenta contra la realidad —que es también contra el sueño y contra el origen y contra el porvenir— y que es ilimitado el rigor de la paradoja. Por todo ello, Borges, que también ha sido Darío y caudillo y cantaor andaluz y máquina engrasada y protagonista de una página de Quevedo y línea en un lienzo de Goya y emigrante vasco y argentino sentimental, en mil novecientos cincuenta y cuatro (catorce años antes de la redacción de este volumen de Milleret), escribía en el prólogo a su *Historia universal de la infamia*: «Los doctores del Gran Vehículo enseñan que lo esencial del universo es la vacuidad. Tienen plena razón en lo referente a esa mínima parte del universo que es este libro.» A lo cual y con el pretexto de la redacción de un ensayo sobre el alemán Hermann Hesse, responde Ernst Robert Curtius, siete años más atrás (1947): «Lo que nos da es algo que está por encima de toda literatura: el saludo que intercambian los supervivientes de una catástrofe»: Borges y su lector agitando débilmente la mano.—*FELIX GRANDE (Alenza, 8. MADRID)*.

GÖRAN THERBORN: *La Escuela de Frankfurt*. Cuadernos Anagrama. Serie Documentos, Barcelona, 1972, 77 pp.

En los países de habla germana se da una cierta continuidad ideológica, dentro del pensamiento marxista, durante el difícil *trasvase* que supone el antes y después de la segunda guerra europea. A la influencia de Lukács y Bloch se suman, desde otras áreas y posiciones, los representantes de las nuevas escuelas que pueden venir significadas por Althusser y Della Volpe. Sin embargo, el centro de la escena lo ocupa durante mucho tiempo el grupo de teóricos conocidos con el nombre de «Escuela de Frankfurt», nacida en la Alemania de 1930, y que toma su denominación del *Institut für Sozialforschung* (Instituto para la Investigación Social) creado en Frankfurt-am-Main en 1932. Su director, Max Horkheimer, continuó a su frente a partir de 1933 desde el exilio, primero en Francia y más tarde en Estados Unidos, hasta su clausura en 1941. Se unieron a él Theodor W. Adorno y Herbert Marcuse. Friedrich Pollock, Leo Löwenthal, Franz Neumann y Erich Fromm estuvieron muy unidos al Instituto en los años treinta, al igual que Walter Benjamin, aunque éste de una forma más distante. Después de la guerra, Marcuse permaneció en Estados Unidos, mientras Horkheimer y Adorno volvían a la Alemania Occidental, restableciendo en 1950 el Instituto. Entre los nuevos adeptos se encontraban entonces Alfred Schmidt y Jürgen Habermas.

El programa teórico de los miembros del grupo —la *teoría crítica*—, es el motivo del análisis que efectúa en este artículo Göran Therborn, atendiendo especialmente en sucesivos aspectos a la obra de los tres miembros más importantes de la Escuela: Horkheimer, Adorno y Marcuse, aunque el autor —que es el editor de la revista socialista sueca *Zenit*—, preocupado en descabalar la actitud de Horkheimer, a quien considera como una especie *burguesa* de desviacionismo de la línea marxista-leninista, conceda una mínima atención a la obra de Adorno. Una nota, en la penúltima página del cuaderno, aclara: «Este ensayo se ha centrado principalmente en Horkheimer, que cronológicamente y de forma sustantiva es el *fundador* de la Escuela de Frankfurt, con alguna discusión acerca del itinerario separado de Marcuse. Se ha dedicado un espacio comparativamente menor a Adorno. Hay que admitir, sin embargo, que mientras que la contribución de Adorno a los principales temas metodológicos y filosóficos de la Escuela parecen haber sido secundarios, sus aplicaciones específicas constituyen muy a menudo los ejercicios más deslumbrantes dentro de la obra colectiva, quizá porque los temas escogidos de música y literatura permiten un análisis *crítico* más estricto que las formaciones sociales o los sistemas políticos.»

Para Therborn, a pesar de reconocer, por otra parte, que el pensamiento de la Escuela ha evolucionado y señalado divergencias entre sus miembros, surgidas en los años posteriores a la guerra, «existe (en ellos) una estructura básica persistente, que toma la forma de una *doble reducción* de la *ciencia* y de la *política* a la filosofía. La especificación del marxismo como teoría de formaciones sociales y su autonomía como guía para la acción política son, por consiguiente, abolidas simultáneamente». Desde un punto de vista de compromiso político doctrinal, la formulación de Therborn, además de categórica y tiznada del *mecanicismo* que denuncia en los teóricos de Frankfurt, puede verse provista de un rigor—o de una fe revolucionaria—que no ha experimentado mutaciones esenciales respecto al entendimiento de los lazos dialécticos que unen a los distintos tipos de lucha de clases. «La situación revolucionaria—ha escrito más adelante, atacando la segunda de las *reducciones* apuntadas—puede producirse por las causas aparentemente más diversas y banales, incluyendo incluso una crisis parlamentaria. La concepción de la situación revolucionaria como fusión de distintas contradicciones no es una explicación *ad hoc*, pero es el resultado lógico del análisis de la sociedad como formación social compleja con elementos mutuos irreductibles.» Y remata a pie de página: «La teoría de la revolución de Lenin está elaborada de una forma más clara en sus *Cartas desde lejos* y *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. La incompatibilidad de esta teoría con cualquier clase de historicismo (del tipo del de la Escuela de Frankfurt) ha sido demostrada por Louis Althusser en su ensayo *Contradiction and Overdetermination*.»

Este punto centra la crítica de Therborn, que es la que preside el libro, en el problema cuyo término *a quo* mereció un tratamiento menos extenso y, por lo tanto, más significativo de la Escuela. El *historicismo* que ataca Therborn le sirve, sin embargo, para *explicar* la causa por la que estos «miembros de una *intelligentzia* académica con un gran fondo burgués» vieron cómo su *actitud inicial* quedaba «congelada en vez de desarrollarse hacia un análisis científico con participación en la práctica política revolucionaria: Llegaron a una madurez intelectual en un período de derrota internacional para la clase obrera y fueron separados del proletariado de su propio país por la contrarrevolución nazi. Como todos los miembros de la burguesía, su iniciación a una postura revolucionaria se produjo a través de una *revulsión* contra la opresión capitalista y contra la hipócrita negación de tal opresión por parte de la ideología capitalista».

Therborn concede especial importancia al análisis que hizo la Escuela a propósito del advenimiento histórico del fascismo que, según el autor, su tratamiento revela con claridad los límites del historicismo.